
De una teología clerical a una teología eclesial

Isabel Corpas de Posada*

Hace treinta años los laicos no estudiaban Teología. Tampoco hace veinte, al menos en nuestro continente y concretamente en Colombia. Hace diez...

Hace ocho años inicié el estudio de la Teología, ante la curiosidad y el escepticismo de muchos que no entendían qué hacía una mujer, casada y madre de familia, en una Facultad de Teología; curiosidad y escepticismo que me acompañaron durante los estudios acerca de qué podría hacer, en un futuro, con un título universitario en esa disciplina.

Y perdone el lector que haga referencia a mi experiencia personal. Pero forzoso es hacerla al hablar de los laicos en una Facultad de Teología y del papel que pueden jugar en una institución donde,

tradicionalmente, profesores y alumnos han pertenecido al clero.

Muchas veces he tenido que dar cuenta y razón acerca de por qué estudio Teología, y muchas veces he tenido que responder a preguntas sobre mi decisión y perspectivas de futuro. Pero es la primera vez que lo hago por escrito y no a título anecdótico, sino de una reflexión en la cual está presente no sólo la propia experiencia sino el fenómeno nuevo en la Iglesia del interés de los laicos por el estudio de la Teología.

Debo confesar que la motivación inicial para ingresar a la Facultad de Teología fue el deseo de aclarar unas cuantas ideas, de profundizar en aspectos que me interesaban particularmente. Entonces no me preocupaba para qué pudieran servir

* Magister en Teología, Universidad Javeriana; Profesora de Teología Sacramental, Facultad de Teología, Universidad Javeriana, Bogotá.

esos estudios. De lo que sí soy consciente es del afán que tenía de poder dar razón de mi fe y de mi esperanza y de los motivos fundamentales para reconocer en los otros a Cristo y servirles con generosidad. También estaba a la base de mi decisión el interés de comunicar el mensaje del Evangelio a través de las columnas de un periódico, y de hacerlo con los conocimientos necesarios para no traicionar el mensaje, empobreciéndolo o distorsionándolo.

Mis intereses eran, pues, modestos y no entraba dentro de mis planes el optar por un título académico al cual juzgaba presuntuoso aspirar, además de considerarlo de poca utilidad.

Pero por aquello de que "al andar se hace camino", lo que comenzó como afición se convirtió en profesión, y en profesión para la cual he encontrado un vastísimo campo de acción gracias al respaldo y a la acogida de las directivas de la Facultad. Su benevolencia me abrió la puerta para la enseñanza universitaria y su estímulo me sigue animando a continuar.

1. UN HECHO SORPRENDENTE: LOS LAICOS ESTUDIAN TEOLOGIA

Pero no se trata de una experiencia personal. Los laicos han hecho irrupción en los centros de Teología y las estadísticas arrojan cifras muy significativas.

El magisterio de la Iglesia ha reconocido este fenómeno característico de los tiempos recientes. Así, el Papa Juan Pablo II en la Constitución Apostólica "Sapientia Christiana" menciona, entre los cambios tanto de la sociedad como de la Iglesia que constituyen motivo para revisar los estudios de Teología de forma que respondan a las nuevas necesidades, "el hecho de que se vuelva cada vez más la atención a las ciencias teológicas no sólo por parte de los eclesiásticos, sino también de los seglares, los cuales asisten en número cada día más creciente a las escuelas de Teología" (1).

Desde la perspectiva de los datos estadísticos, el número de estudiantes laicos de Teología sorprendió en el resultado de la encuesta adelantada por la Conferencia de Instituciones Católicas de Teología (CICT) en 1979. El análisis de esta encuesta anota que "sorprendentemente, se encontró la misma proporción de estudiantes laicos y de los otros" (2), para valorar este resultado como "inesperado" y "que dista mucho de cualquier predicción" (3).

A nivel local de nuestra Facultad de Teología de la Universidad Javeriana, también el hecho es evidente y la presencia de estudiantes laicos, hombres y mujeres, ha aumentado en los últimos 10 años.

Valgan a este respecto las cifras.

En 1971, de un total de 140 alumnos inscritos, 120 eran religio-

(1) SAPIENTIA CHRISTIANA. Typis Poliglottis Vaticanis. p. 12.

(2) First synthesis — COCTI Survey. Documento policopiado. p. 1.

(3) Ibid. p. 4.

—entre ellos 6 religiosas—, 12 seminaristas y 8 laicos con propósito de ordenarse.

En 1980, entre 130 alumnos inscritos, 90 pertenecen a comunidades religiosas, tanto femeninas como masculinas, 24 son seminaristas o sacerdotes diocesanos en cursos de actualización y 26 laicos. De éstos, 18 aspiran a ordenarse, los otros 8 son mujeres, de las cuales 2 cursan el ciclo del Magister. Y agréguese a todo lo anterior que actualmente hay laicos entre los profesores y que algunos están dictando disciplinas estrictamente teológicas.

La encuesta de la CICT antes mencionada anota también que el número de hombres es superior al número de mujeres en las instituciones eclesíásticas pero la proporción es inversa en los centros no eclesíásticos. Al respecto ofrece una explicación, y es que una de las principales posibilidades de actividad profesional —el ministerio jerárquico— sólo existe para los hombres.

Pero también es muy indicativo que entre las motivaciones para estudiar Teología, sólo para el 10% de los alumnos es un requisito para ordenarse. La tercera parte de los estudiantes encuestados la consideran una buena preparación para el sacerdocio y el resto estudia Teología porque le parece interesante. Esta cifra parece corresponder con los que piensan en un trabajo pastoral o de investigación.

La enseñanza pontificia coincide con los hechos. La Constitución Apostólica "Sapientia Christiana" señala que las Facultades Eclesíásticas "están abiertas a todos aquellos, eclesíásticos y seculares", que presentando certificado de buena conducta y de haber realizado los estudios previos, sean idóneos para inscribirse en la Facultad" (4). Ello no obsta para que se considere la preparación de los futuros sacerdotes como tarea primordial: "La Facultad de Sagrada Teología tiene la misión particular de cuidar la científica formación teológica de aquellos que se preparan al presbiterado o a desempeñar cargos eclesíásticos especiales" (5).

Pero el Documento no reduce la finalidad de una Facultad de Teología a la formación del clero: el Papa Juan Pablo II en la nota introductoria señala que la misión de las Facultades Eclesíásticas es preparar a sus alumnos "para el ministerio sacerdotal, la enseñanza de las ciencias sagradas y las funciones más arduas del apostolado", "investigar más a fondo los diversos campos de las disciplinas sagradas... y responder a los problemas suscitados por el progreso de las ciencias" (6), y muy claramente los explicitan las Normas de la Sagrada Congregación para la Educación Católica en orden a la aplicación de la Constitución Apostólica Sapientia Christiana: "Los cometidos para los cuales se preparan los alumnos, pueden ser propiamente científicos, como la

(4) SAPIENTIA CHRISTIANA. Título IV, Art. 31.

(5) Ibid. Art. 74.

(6) Ibid. p. 8.

investigación o la enseñanza o también pastorales" (7).

Es, pues, de anotar que aparte del ministerio presbiteral, los estudios de Teología preparan para tareas que bien pueden ser ejercidas por laicos. Pero sobre este punto volveremos más adelante.

Este nuevo perfil de las Facultades y Centros de Teología constituye una llamada a la reflexión y a la adecuación de los programas de estudio para responder a las expectativas del momento presente.

2. HACIA LA DESCLERICALIZACIÓN DE LAS FACULTADES DE TEOLOGÍA?

Es un hecho constatable la desclericalización de la Teología. Ahora bien, qué ventajas y desventajas conlleva y qué perspectivas abre para el futuro de la reflexión teológica y de la tarea evangelizadora de la Iglesia?

En otras palabras, tiene el laico algo que ofrecer?

O es más conveniente que permanezca en su papel pasivo de simple receptor: de receptor de los sacramentos "confeccionados" por el clero, de receptor de la doctrina elaborada por el clero, de receptor de las leyes también mandadas por el clero...

La presencia de los laicos en los centros de Teología va de la mano con la conciencia también creciente de que están llamados a participar

activamente en la misión de la Iglesia, que no pueden reducirse a meros espectadores y receptores, sino que en la tarea de la Iglesia estamos todos —jerarquía y laicado— ineludiblemente comprometidos.

Sin lugar a dudas, los laicos tienen mucho que recibir de los centros de Teología y ojalá cada día se capaciten más y más conscientemente.

Pero, tienen ellos algo que ofrecer a la reflexión teológica? Sinceramente, creo que sí. Porque su experiencia, su situación, lo que el Maestro Ortega llamaría el conjunto de sus circunstancias, hacen que el laicado vea la vida de una manera muchas veces diferente a como puede verla el sacerdote o el religioso. Incluso sus estructuras de pensamiento, marcos de referencia y universo de valores, corresponden a un mundo extraño al mundo clerical. Por eso me atrevería a afirmar que la presencia de los laicos abre a otros horizontes y otras dimensiones. Y, concretamente para la teología clerical, los laicos constituirían ocasión de parangonar y comparar, es decir, de relativizar sus absolutos.

En un interesante artículo de un teólogo brasileño, a propósito de la enseñanza de la Teología, y donde observa la necesidad de superar el lugar seminarístico, clerical y académico de dicha enseñanza, aduce como motivo para modificar el sistema tradicional el hecho de que cuando "se trasmite una Teología con vista a la preparación del seminarista para sus funciones pastorales en el cuerpo clerical (...) se

(7) Normas de la Sagrada Congregación para la Educación Católica en orden a la aplicación de la Constitución Apostólica "Sapientia Christiana". Art. 3.

trataba de un lugar de transmisión intrasistémico eclesiástico de la Teología para uso también intrasistémico. Los factores extrasistémico eran enfocados desde el lugar intrasistémico. Y éste dominaba toda la "episteme", tanto en cuanto al contenido como en cuanto a la forma de expresión de la Teología" (8).

La participación del laicos en el quehacer teológico es necesaria porque sus preguntas son las preguntas del hombre común, sus interrogantes son los mismos del hombre de la calle, sus inquietudes se identifican con las de la mayoría de los cristianos, destinatarios de la salvación de Dios en Cristo.

También Livanio anota este hecho y escribe: "... los clérigos, distanciándose de la realidad del pueblo, no consiguen captar cuáles serían sus verdaderos intereses. Y fácilmente proyectan hacia el pueblo sus propios intereses, creyendo ser los del pueblo. La ausencia del laico en las instituciones, sea como alumno o como profesor, empobrece el "lugar de enseñanza", recordando la visión de la realidad eclesial e histórica" (9).

Ciertamente, toda pregunta está condicionada por las circunstancias en que se vive. Si el clero vive muchas veces ajeno a los intereses del mundo y absorto en el pequeño mundo de sus intereses, sus preguntas, inquietudes e interrogantes—que son los que se plantea una Teología clerical— pertenecerán estrictamente al mundo clerical. Y cuando se asoma a los problemas del

"mundo" o del "siglo" lo hace desde su perspectiva. Por eso la Teología termina hablando en un lenguaje que nadie entiende y respondiendo a preguntas que nadie le ha formulado.

La presencia de estudiantes casados en las Facultades de Teología es otro rasgo novedoso. La encuesta de la CICT permite conocer que su número es significativo, especialmente en las instituciones no-eclesiásticas. Y es interesante anotar que un ítem de la encuesta, referente a la aprobación o desaprobación que el alumno ha tenido respecto a su decisión de estudiar teología, menciona, inmediatamente después de los superiores, al conyuge.

Este es otro indicio de la desclericalización de la Teología.

Y si los laicos tienen mucho que ofrecer, el teólogo casado tiene un aporte insustituible en la elaboración de una teología del Matrimonio y la Familia, que esté verdaderamente encarnada en la realidad vivida y no sólo en especulaciones teóricas. Si toda Teología supone y exige una experiencia vivida, la Teología de la Familia no se excluye. El prisma con que el teólogo casado enfoca el estudio del matrimonio y la familia es forzosamente diferente de la perspectiva desde la cual el teólogo célibe aborda su estudio. Como quien dice, que no es lo mismo mirar los toros desde la barrera que estar en el ruedo.

Si es preciso reconocer que la Teología ha desbordado el ámbito

(8) LIVANIO, A.: El estudio de la Teología en el Brasil. PERSPECTIVA TEOLOGICA .

(9) Ibid.

reducido del mundo clerical, ello no significa que la reflexión teológica esté desvinculada de un carisma especial. Cualquiera que sea su condición o estado, el teólogo tiene una vocación, un carisma propio y la conciencia de una misión que realizar en la Iglesia.

3. TIENE OPORTUNIDADES DE TRABAJO UN TEOLOGO LAICO?

La otra pregunta acuciante es qué campo de acción tiene el laico profesional de la Teología. Mejor dicho, qué hace un laico con su grado en Teología.

Porque cada carrera o cada profesión tiene su correspondiente mercado de trabajo. Basta leer los avisos de los periódicos: "Se necesita analista de sistemas". "Se busca ingeniero electricista". Diariamente se convoca: "Secretaria bilingüe...". "Auxiliares de Contabilidad..."; "Administradores de Empresas y Economistas" para ocupar las plazas que los Bancos y las empresas ofrecen. El abogado puede abrir su oficina; el médico o el odontólogo su consultorio. Para el licenciado en educación hay infinidad de oportunidades. También las hay para la enfermera, el técnico agropecuario, la fisioterapeuta. Con alguna dificultad el sociólogo, el antropólogo y el licenciado en Filosofía y Letras encuentran campo para el ejercicio de su profesión.

Pero, qué oportunidades se le brindan al Teólogo, excluido el ministerio presbiteral?

(10) CIC, c. 1328.

(11) *Evangelii Nuntiandi* 71.

(12) *Ibid.* 73.

Porque lo que ha recibido como formación universitaria, tanto en lo que hace a los conocimientos como a la experiencia, no tiene derecho a guardarlo para sí. Son "talentos", como los de la parábola, que tiene que poner a producir; y a producir en beneficio de los demás.

Ciertamente, la docencia constituye campo abierto para que el Teólogo laico ejerza su profesión. A nivel universitario hay muchas posibilidades y a nivel escolar hay, no sólo posibilidades, sino una inmensa necesidad. La tradición de la Iglesia ha reconocido la capacidad del laico para recibir la "misión canónica" de enseñanza (10) o el ministerio de catequista (11).

En cuanto a la docencia e investigación universitaria, y concretamente, en las Facultades de Teología, no hay razones para excluir de ellas al laico. La Constitución "Sapientia Christiana" en el Título III, referente a los profesores, sólo tiene en cuenta su idoneidad sin hacer diferencia entre clérigos y laicos.

La encuesta de la CICT señala, como alternativa principal para los alumnos laicos, especialmente para los casados, la investigación teológica. Y, si los centros docentes les brindan posibilidades, podrían enriquecer el trabajo de investigación a la vez que contribuir en la búsqueda de "formas cada vez más adaptadas de anunciar eficazmente el Evangelio" (12).

Sin embargo, no todos se sienten llamados a enseñar o al trabajo investigativo y quisieran encontrar otras maneras de servir a la comunidad ofreciendo sus conocimientos y su experiencia.

La actividad pastoral, indica la tantas veces mencionada encuesta de la CICT, es una de las opciones preferenciales de los estudiantes de Teología. Esta actividad incluye el trabajo parroquial, la asistencia hospitalaria, la pastoral obrera, campesina, escolar, etc..

Pero si se trata de laicos no siempre es fácil encontrar acogida para su deseo de servir.

Se encuentra el laico frente al escepticismo de los mismos laicos, que, por ejemplo, en los movimientos de apostolado, "le creen más a un Padre". Y si se trata de moverse dentro de las estructuras jerárquicas de la Iglesia, en su condición de laico, tropieza con igual escepticismo; tal vez se reconozca su piedad, su espíritu apostólico, pero no su preparación teológica propiamente dicha.

Y muy probablemente no se la quiera reconocer. En los ambientes eclesiásticos de cuño tradicional, defensores acérrimos del orden establecido y de una estructura monolítica, el laico capacitado parecería constituir una amenaza: el laico conserva su libertad y no está hipotecado a la jerarquía por los vínculos jurídicos de obediencia que sí tiene el clero diocesano.

Estos prejuicios existen. Y aunque los Documentos del Magisterio

destaquen el lugar del laico en la Iglesia, en la práctica se le sigue considerando como un "menor de edad": los unos, que consideran más cómodo obedecer calladamente, descargando en otros toda responsabilidad, y los otros, porque prefieren contar con una masa de fieles dóciles y pasivos.

Lo cual corresponde a la estructura eclesiástica tradicional: por una parte los que detentan el poder, el saber y la riqueza de la Iglesia, como administradores de la Gracia, dueños de lo sagrado o intermediarios exclusivos entre Dios y el hombre; por otra parte, los que obedecen, los ignorantes (o laicos) y receptores de los dones a los cuales tienen derecho. Según este esquema, la Iglesia resulta dividida en dos sectores: jerarquía y laicado, los que mandan y los que obedecen, los doctores y los ignorantes ("No me lo preguntéis a mi que soy *ignorante*, *doctores* tienen la Santa Madre Iglesia..."), la Iglesia Docente y la Iglesia Discente, los administradores de la Gracia y los receptores de ella. Es lo que a nivel popular ha producido la imagen de que unos son la Iglesia y los otros —los fieles— no son Iglesia y que, a su vez corresponde a una concepción dualista de la realidad: sagrado—profano, Iglesia—Estado, clero—laicos.

Todo lo anterior no significa desconocimiento de los ministerios jerárquicos y menos desacato a su autoridad. En ningún caso se trata de oponer los dos estamentos de la Iglesia. Por el contrario, se trata de subrayar la urgencia de trabajar unidos en una tarea común, todos conscientes de que su aporte per-

sonal es no sólo necesario sino indispensable, y que la misión de la Iglesia no la pueden acaparar unos y los otros evadirla.

Ciertamente, hoy nos encontramos en circunstancias muy diferentes y los laicos se han hecho conscientes de que su función en la Iglesia va más allá del "Amén" y el "sí, Padre". Que tienen que actuar y que para ello hace falta capacitarse. No para desplazar a los ministerios o asumir sus funciones, sino para colaborar activamente con ellos.

4. LAICOS EN LA HISTORIA DE LA TEOLOGÍA

El hecho de que en épocas recientes la reflexión teológica se constituyera en patrimonio de la clase clerical no significa que por la naturaleza misma de dicha reflexión se excluya de ella a quienes no pertenecen al estado clerical.

Es interesante observar cómo en las listas de carismas y ministerios que hace San Pablo aparecen los que corresponderían al quehacer teológico. Entre los primeros se encuentran el carisma de sabiduría y la palabra de ciencia, que la versión de la Biblia Latinoamericana interpreta en estas palabras: "A uno se le da hablar con la sabiduría del Espíritu, a otro enseñar cosas profundas que vienen del mismo Espíritu" (I Cor 12, 8).

En cuanto a la diversidad de ministerios, Pablo señala el servicio de maestro como diferente de la

función de apóstol, de profeta, de pastor, o de la administración de la Iglesia (cf. I Cor 12, 28-30; Ro 12, 6-8; Ef 4, 11-12).

Si en la Iglesia Postapostólica los ministros ordenados acapararon todos los carismas y ministerios, no parece que hubiera ocurrido lo mismo con la Teología, ya que en los siglos II y III eran laicos los que predicaban, lo mismo que muchos de los Padres: Justino, Tertuliano, Panteno, Clemente, Lactancio, Próspero de Aquitania, Sócrates, Sozoméno, Evagro. Se sabe que Orígenes, antes de ordenarse, fue invitado por el Obispo de Cesarea y por el de Jerusalén para comentar las Sagradas Escrituras a los fieles, y que esta debía ser costumbre bastante común. Se sabe también que muchos iniciaron el trabajo teológico siendo laicos: Orígenes, San Atanasio, San Cipriano, San Basilio, San Gregorio Naciaceno, San Juan Crisóstomo, San Jerónimo, San Agustín, Diodoro de Tarso, entre otros, y que luego recibieron las Ordenes Sagradas y algunos, incluso, la Consagración Episcopal. Este cambio de estado se explica por la creciente clericalización de la Iglesia y la primacía del sacerdocio y la vida religiosa sobre el común de los cristianos en la época patrística. Reflejo de esta mentalidad es el comentario que al respecto hace Congar: "... a fin de sacar el mayor rendimiento posible de sus dones, la Iglesia ha incorporado con frecuencia a los grandes maestros en su organismo, invitándoles a la vida monástica o confiándoles, a veces contra sus deseos, el sacerdocio" (13).

(13) CONGAR Y.: Jalones para una Teología del Laicado. Estela. Barcelona, 1961. p. 377.

Pero este cambio de estado resultaba indispensable ya que San León había determinado que enseñar y predicar era competencia únicamente del orden sacerdotal, incluídos en este orden los obispos, y no de los monjes ni de los laicos por muy sabios y competentes que fueran. Los Statuta Ecclesiae Antiqua contienen igualmente normas restrictivas respecto a la enseñanza y predicación por parte de laicos.

Estas decisiones del magisterio corresponden a los cambios sociales y culturales de los siglos IV y V. Antes de la caída del Imperio Romano no había distinción entre una cultura religiosa reservada a los clérigos y una cultura profana destinada a los laicos.

Los desajustes producidos por la invasión de los bárbaros dieron lugar a un cambio particularmente significativo, y fue así como las circunstancias históricas convirtieron a los conventos en los guardianes de la cultura. Entonces se abrió la brecha entre el clero y el laicado, entre una clase culta y una inculta, entre los que sabían leer y los que no sabían leer. El pueblo y la nobleza pertenecían al segundo grupo y, recuérdese a este respecto, que el Emperador Carlomagno no sabía leer ni escribir y que debió llamar al monje Alcuino para que le enseñara.

Durante toda la Edad Media los clérigos monopolizan la cultura y naturalmente el saber y el quehacer teológicos. Sin embargo, hubo laicos como Hugo Eterio (S. XII) que ocuparon cátedras de Teología y príncipes teólogos y autores de homilías como León VI el Sa-

bio, Emperador de Bizancio en el siglo IX y Roberto II, Rey de Nápoles en el siglo XIX.

Santo Tomás distingue el magisterio de los pastores y el magisterio de los doctores. El primero ligado a una autoridad de gobierno espiritual. El segundo, al título científico de doctor o de maestro.

En el siglo XVI son muchos los teólogos que pertenecen al estado laical. Congar menciona a Piccolomini, Contarini, Reginaldo Polo, Cervini, Staphylus, Massarelli, Flaminio, el Conde Ludovico de Nogorola. Pero lo mismo que ocurriera en la época de los Padres, muchos de éstos pasaron al estado clerical: Piccolomini, Contarini, Reginaldo Polo y Cervini fueron nombrados cardenales y éste último llegó al solio pontificio con el nombre de Marcelo II. Staphylus era doctor en Teología y como tal fue llamado al Concilio de Trento pero no participó. Flaminio fue nombrado secretario del Concilio y como no aceptara se nombró en su reemplazo a otro laico: Massarelli. Finalmente, el redactor de las comisiones teológicas, Conde Nogorola, también era laico.

Del interés que por la Teología podía haber en esta época entre los laicos es una muestra el tratado que el Rey Enrique VIII de Inglaterra escribió y el cual le valió el título pontificio de Defensor de la Fe.

En el siglo XVII y en el siglo XVIII hubo también laicos teólogos, particularmente entre los jansenistas, y en el siglo XIX encontramos a De Maistre y De Veillot. Del siglo XX son muchos los lai-

cos que tratan con competencia problemas religiosos como Maritain, Ozanam, Daniel Rops, Simonne Weill, para no nombrar sino unos pocos entre los católicos. Entre los protestantes, Barth, Bultmann, Cullmann y Pannenberg, entre otros, no son ministros de sus respectivas Iglesias. Y este siglo es testigo, hemos visto, del creciente interés de los laicos por los estudios y el quehacer teológicos, no obstante haber tropezado con serias dificultades.

Muestra de la actitud de la Iglesia de hace algunos años hacia los laicos teólogos es esta página de Yves Congar. Sus palabras contrastan dramáticamente con la intención global de su libro "Jalones para una Teología del Laicado", don donde el teólogo francés se atreve a tomar en serio a los laicos y a reconocer su participación activa en la Iglesia. Pero hasta un límite: "que no se haga de ellos doctores en Sagrada Teología" (14).

Escribe lo siguiente: "Por representar los laicos la voz del mundo, de sus inquietudes y luchas, podrán aportar mucha riqueza a la Iglesia. Pero nunca tratarán de Teología igual que los sacerdotes, ni tendrán jamás idéntica relación que ellos con la tradición de la Iglesia (...) Y por poseer los carismas del sacerdocio y celebrar los misterios, tiene un contacto mucho más vivo con las realidades mismas de la tradición. En realidad, la Teología propiamente dicha es, por excelencia, materia de clérigos y mejor de sacerdotes" (15).

Esto lo escribió Congar hace 30 años. Si lo menciono aquí es porque refleja la mentalidad de la época.

Posteriormente, Congar admitió en forma pública que había cometido una gran equivocación al escribir ese libro, ya que desarrollar una Teología del Laicado es contrario a una Iglesia de Comunión.

5. CONCLUSION

En una Iglesia de comunión y participación el laico no puede estar ausente de la reflexión teológica: de la investigación, de la docencia, de la elaboración de respuestas a los problemas suscitados por las nuevas circunstancias, de la búsqueda de métodos más adecuados para comunicar el Evangelio al hombre contemporáneo (16). Y en esta tarea su participación es indispensable, porque está en capacidad de complementar la visión muchas veces parcializada de la realidad que puede tener la perspectiva del clero.

Además, en una Iglesia de comunión y participación lo fundamental es lo que *une* a sus miembros y no lo que los *separa*, como fue característico de una Iglesia Sociedad Perfecta. A todos nos *une* un mismo Bautismo, una misma fe, una misma esperanza... y un mismo interés por profundizar en el mensaje de Dios al hombre y un mismo afán por comunicarlo y por comunicarlo en lenguaje comprensible para el hombre de hoy.

(14) Ibid. p. 376.

(15) Ibid. p. 376.

(16) Cf. SAPIENTIA CHRISTIANA. p. 7-8.

La presencia de laicos en las instituciones de Teología puede ser instancia crítica frente a la peligro que corre la Teología de “encillarse” o “encerrarse en las sacristías”. La presencia de laicos en el quehacer teológico representa una mayor posibilidad de encarnarse la Teología en las realidades humanas.

Finalmente, la presencia de laicos en los institutos de enseñanza de la Teología tiene que hacer revisar su finalidad, que no puede ser únicamente preparar al alumno para ejercer una función clerical sino para *ser cristiano*, con capacidad crítica en la sociedad y en la Iglesia.